

el sacerdote del momento ecuménico

DISTINGUIDAS firmas avalan hoy el propósito de enfocar los prismáticos sobre el sacerdote. En forma especial van destacando aspectos del celibato. En estas líneas editoriales, sin embargo, quisiera señalar ciertas características del momento que ponen al sacerdote católico en el encuadre histórico ecuménico que caracteriza estos años conciliares.

Sin pretender agotar en estas líneas todos los aspectos, nos contentaremos con señalar algunos rasgos dominantes de la actual situación.

“VENERABLES COMUNIDADES CRISTIANAS”

El ecumenismo realiza su esfuerzo teológico alentado especialmente por los dos últimos pontificados. Típicas y nuevas son las palabras de Paulo VI al abrir la Segunda Sesión del Concilio. Para el Pontífice no existen solamente “hermanos separados”, “disidentes”, “otros cristianos”, expresiones que apuntan a individuos, aisladamente considerados. Paulo VI avanza más: considera la existencia de “venerables *comunidades* cristianas”. La afirmación reviste trascendencia capital.

Mayor relieve alcanza el asunto cuando al discutirse el esquema sobre Ecumenismo, en esta Sesión, se advierte que el documento llama “Iglesias” a las comunidades ortodoxas, por poseer la columna vertebral de su jerarquía y los medios de santificación sacramental. El Cardenal austríaco Köenig, insinúa que a las comunidades protestantes, a las cuales solamente se les otorgaba el rótulo de “comunidades”, se las llamará tam-

bién "Iglesias", pese a no poseer todos los sacramentos ni arquitecturarse en una jerarquía. O al menos que se avanzara hasta llamarlas "comunidades *eclesiales*". Posteriormente el Cardenal norteamericano Ritter, el Obispo suizo Jelmini y el mejicano Méndez Arceo, se solidarizaron con la moción.

El documento final calificaría posteriormente a los grupos que se disgregaron de la Sede Romana "a finales de la Edad Media y en tiempos sucesivos" como *Iglesias y comunidades eclesiales*. Las ponencias estaban recogidas. Una etapa más se había ganado en la "operación ecumenismo".

PRESENCIA EN EL CONCILIO

La presencia en un lugar tan destacado como la proximidad del Altar de la Confesión de representantes de diferentes comunidades cristianas significa para los Padres Conciliares algo más elocuente que las palabras mismas que han desgranado los labios pontificios. En ciertos círculos más "aferrados" quizás esa presencia no habrá gustado mucho, como tampoco habrá complacido que el Cardenal Bea personalmente llevara a Ginebra la aceptación oficial, de parte de la Santa Sede, de integrar un Comité mixto en el Consejo Mundial de las Iglesias. La respuesta pudo darse desde Roma; pero más significativo fue el paso de una Púrpura cardenalicia por las calles que recorrió Calvino.

Ciertamente no se podía prever en el Concilio la posición que sobre el ecumenismo tomarían Prelados de países como los nuestros, donde el protestantismo se presenta a veces bajo la acción no tan discreta de algunas sectas, no siempre poseedoras de la medida propia de Comunidades más vastas, por ejemplo, las de los luteranos y anglicanos. Sin embargo, la presencia cotidiana en las reuniones a que arriba aludimos, significó por sí misma la propensión a un cambio y ese es *el punto trascendente*. Al Concilio hay que pulsarlo (creo haberlo dicho en cierto diario local) no solamente por los decretos sino por algo superior: el clima que va gestando. Resulta curioso advertir que la opinión pública, que en su mayoría no se ha tomado el trabajo de conocer los mismos textos conciliares definitivos, no

se ha despistado acerca del verdadero "ánimo" que Juan XXIII y Paulo VI han querido crear: un impulso, un propósito, un ambiente histórico, que ultrapasen las posiciones oficiales, los cánones jurídicos y las prevenciones históricas.

UN CASO: LA DISCUSION LITURGICA

El primero de los temas que el Concilio aborda, el de la liturgia, no siempre es matizado por aspectos ecuménicos. Da la sensación que el ecumenismo será más tarde un tema, pero todavía no constituye el oxígeno vitalizador de *todos los temas*. Pese a no traslucirse esta intención, en la práctica se discuten aspectos muy tenidos en cuenta por los reformadores: realce de la Sagrada Escritura en las ceremonias, mayor participación del público presente, uso de la lengua vulgar, comunión bajo las dos especies, concelebración. Se suma sin restar nada, sobre todo en lo que respecta a la inserción más frecuente de textos bíblicos en el Sacrificio de la Misa y en el ritual del matrimonio, por no poner más que estos ejemplos. Obviamente, el Sacrificio no se toca en su esencia eucarística; pero se logra una mejor preparación con la importancia dada a la exposición previa de la Palabra de Dios.

UNIDAD, NO UNIFORMIDAD

La firmeza doctrinal con que se realiza la apertura hacia la variedad en lo *accidental* y hacia el alma de los demás, puede deducirse con sutileza en estas expresiones del actual Pontífice en el discurso aludido: "Lo que en estos últimos tiempos sucede en las Comunidades Cristianas separadas y aquellas tendencias que en ellas se manifiestan siempre más fuertemente, son claro testimonio de un principio que se puede formular así: la Iglesia de Cristo es una, y no debe ser sino una. Esta unidad mística y, sin embargo, visible, puede realizarse solo dentro de "una" fe, en la participación de los mismos Sacramentos, en un adecuado ligamen con una única dirección suprema de la Iglesia, pese a que se puedan admitir diversas lenguas, ritos, tradiciones heredadas de los propios antepasados, prerrogativas loca-

les, corrientes espirituales, instituciones jurídicas y formas de vida propias libremente elegidas”.

DESARROLLO EN LOS OTROS CRISTIANOS

Las otras confesiones cristianas gozan en común con nosotros, católicos, de una herencia muy vasta, a partir del mismo Antiguo Testamento, pasando por el Nuevo y largos siglos de historia, anteriores a la separación. Luego de ocurrida ésta, en ciertos aspectos (aunque no podamos admitirlo en todos) han tenido desarrollos positivos que es menester valorar en su real alcance. Por primera vez en los siglos de aislamiento, un sucesor de Pedro lo ha reconocido, en aquel mismo discurso: “Con el debido respeto, consideramos la herencia religiosa que nos ha sido entregada desde la antigüedad y que es común a todos nosotros, aquella herencia que nuestros hermanos separados han custodiado y, en parte, aun fructuosamente desarrollado”.

Al continuar, no escatima elogios al estudioso que busca los aspectos de verdad en este sentido: “De corazón reconocemos los esfuerzos de aquellos que buscan poner en luz y reservar un justo puesto a los auténticos tesoros de verdad religiosa de nuestros hermanos separados, a fin de eliminar los obstáculos que se cruzan entre nosotros y ellos. Confiamos que también estos nuestros hermanos querrán manifestar un análogo deseo de conocer y estudiar nuestra doctrina para mejor ver su lógica derivación de la Revelación divina, así como confiamos que querrán adquirir un más profundo conocimiento de nuestra historia y de nuestra vida religiosa”.

Difícilmente podrán encontrarse expresiones más categóricas y alentadoras para la entusiasta búsqueda intelectual entre los teólogos.

Esta atmósfera se ha desarrollado mucho en las misiones, donde un ambiente de encuentro ha sucedido a períodos de guerra que primero fue caliente y luego se fue entibiando...

No es suficiente, sin embargo, la actitud de los grandes teólogos si el resto de los sacerdotes no se adecúa al paso de la marcha, buscando luz no solamente en el estudio de los problemas ecuménicos sino también fór-

mulas para sus implicaciones prácticas. Hans Küng expresa: "Frecuentemente las relaciones de la obra misionera con la agricultura, la filatelia, etc., ocupaban más espacio en los escritos técnicos y populares que los problemas y las distancias ecuménicas". Los progresos realizados pueden constatarse, por ejemplo, en el *Katholisches Missionsjahrbuch der Schweiz* que en 1958, cuatro años antes de comenzar el Concilio, tuvo por tema "Los hermanos separados en el campo misionero", obra en la cual expertos católicos y protestantes, en tres extensos capítulos, describen la historia y los trazos actuales de las misiones protestantes, la grave plaga de la separación y los caminos para un acercamiento. También el citado escritor alemán recuerda el ejemplo de la revista belga "Eglise vivante", que a fines de 1959 dedicó un número especial a "Los misioneros y el Ecumenismo".

NUESTRO PROVECHO

Pero no es menester, en estas tierras, imaginarnos y contentarnos con los encuentros que puedan suceder en las Misiones. En sociedades pluralistas como las que vivimos (y aunque no lo fueran) necesitamos aprovechar los esfuerzos intelectuales realizados por los autores de la "teología del encuentro", más útil que la tradicional artillería de la apologética. Tarea de provecho que debería comenzar en los Seminarios, con una formación más imbuída de sentido bíblico, formación que si tuviera su correspondiente en los Seminarios de las confesiones separadas facilitaría las vías de acceso a una estación común. Además, con las actitudes y la predicación, el mismo laicado quedaría imbuído de otro clima: el enseñar a orar, desde la niñez, por la unión de los cristianos y por las necesidades espirituales y materiales de los hombres de todas las religiones, crearía una actitud popular de preciosa contribución ecumenista.

ENCRUCIJADA

Como sacerdotes, no podemos aislar nuestra acción sacramental, parroquial, docente, periodística, misionera, de todo el sentido ecuménico.

El Concilio nos sacude por las solapas. Pero es interesante saber que no solamente a nosotros sino también a pastores de otras Comunidades el Vaticano II, por contragolpe, les ha producido el mismo "shock". No quiero levantar la pluma sin poner en la órbita de este editorial un testimonio de K. G. Steck quien, hablando de la Iglesia Católica, ha expresado (en un testimonio citado por *Herder-Korrespondenz*, 18, 1963-1964): "No se trata sólo de un movimiento dirigido a adecuar mejor la Iglesia a los tiempos, sino de un movimiento que toma los impulsos del Evangelio para retornar al Evangelio. ¿Qué puede representar un movimiento similar para el protestantismo actual? ¿Qué sucede cuando los obstáculos pasan a ser demasiado bajos, para decirlo con una expresión que ha sido usada por un laico? ¿Cuándo debemos admitir y decir que el Evangelio ha adquirido y adquiere nuevo vigor en la Iglesia Romana?"

"La Iglesia reformada no ha jamás negado que los católicos vivan del Evangelio, como todos los otros cristianos, pero no he reconocido en la Iglesia romana la Iglesia verdadera y, en la voz del Papa, la voz del único, buen Pastor. ¿Qué sucedería si las fronteras del siglo XVI perdiesen verdaderamente todo significado?"

"Que no existan más fronteras ya se lo ha podido ver y ya se lo ha dicho suficientemente en relación a este Concilio. Pero desde ahora se nos pone el problema de qué cosa sea verdaderamente el protestantismo hoy. Si es solamente una imitación, más o menos feliz, de la Iglesia romana (y algunas veces lo hace pensar), su existencia sería más que nunca superflua, pese a cuantos obstáculos buscara de erigirse alrededor".

"¿O es, por el contrario, el complemento crítico de la expresión católica de la común herencia cristiana? Entonces sería suficiente que se le reservase algún nicho y algún altar en el panteón romano".

"¿O, en vez de verdadera Iglesia en el sentido original del Nuevo Testamento, se encuentra contrapuesto, hoy como en el pasado, a la Iglesia romana en cuanto Iglesia anticristo? Son problemas para quitar la respiración a cualquiera".

"Salvo errores, el Concilio —cualesquiera puedan

ser sus ulteriores desarrollos— ha puesto al protestantismo de hoy la pregunta fundamental sobre su misión y su esencia, con un rigor y una agudeza tales como se pueden encontrar solamente en el siglo XVI o, quizás, jamás antes de ahora, porque la Iglesia romana no es más la misma”.

PARA TERMINAR....

Estos planteos son aptos para quitar la respiración también a nosotros... Lo inconcebible es que permanezcamos marginados respecto de la Historia.

Pero, sea lo que fuere de la acción del Espíritu en los no católicos, el hecho es que si miramos hacia Roma, no necesitamos ojear muchos discursos y Constituciones conciliares para advertir, como sacerdotes, un cambio notable de clima sobrenatural en esferas que nos son tan superiores. Nuestra conducta, dentro de un nivel personal y local, no puede ofrecer notas discordantes, frente a ejemplos incitativos que desde el vértice de la pirámide se proyectan hacia nuestra llanura. El camino está comenzado y es menester avanzar. Pero avanzar con entusiasmo, convicción, de frente. Que no se nos pueda achacar que la Iglesia nos conduce hacia el futuro *pese a nuestro desgano inactivo* ni endilgar que entramos en el porvenir caminando de espaldas.

La Dirección

**Régente de la mer et de l'illustre port
Nous ne demandons rien dans ces amendements
Rien que de garder sous vos commandements
Une fidélité plus forte que la mort.**

CHARLES PEGUY

(La Tapisserie de Notre Dame. Mayo 1913)